

TEATRO

Kensab aket xikot!

Les aventures extraordinàries d'en Massagan

De Josep Maria Folch i Torres. Adaptación teatral y dirección: Joan Castellà. Intérpretes: Mariuall Anà, Berta Ginart, Oriol Guimart, Arnau Marin, Isaac Morera, Jaume Ulléd. Escenografía, vestuario y caracterización: Joan Forba. Isàbel Miró. Iluminación: Lluís Cusó. Música original y diseño de sonido: Xavi Oró, Pep Solerzano. Teatre Nacional de Catalunya, Sala Petita, Barcelona, 20 de diciembre.

BEGOÑA BARRERA
Massagan, todo un héroe para los más pequeños, creado por Josep Maria Folch i Torres (1880-1950) por encargo del responsable del semanario infantil *En Patufet*, acaba de recalar en el escenario de la Sala Petita del TNC de la mano de Joan Castellà. Como si desde 1910, año en que apareció publicada la novela que los pequeños lectores siguieron por entregas semanales en forma de suplemento adicional de la revista, este inventurero no hubiera dejado de dar tumbos por el mundo y ahora estuviera de paso por nuestra ciudad.

No parecen haber pasado los años para este chico de buena familia que decidió conocer el mundo y que gracias a su buena fortuna conseguía salir airoso de cualquier peripecia en la que a menudo se veía involucrado. El lenguaje que utiliza sigue siendo el de la época, como lo es también su vestuario y lo son los elementos que le acompañan. La estupenda recreación de la goleta *Moxrela*, en la que se embarca al son de la banda sonora de

Mar i cel —un simpático guiño para el espectador adulto—, da pie al inicio de una serie de trifulcas que conducirán a nuestro héroe —y con él, a los espectadores más jóvenes— hasta el África negra, donde se las verá de todos los colores, para acabar volviendo a su ciudad natal en cuyo puerto, y al pie de la estatua de un Colón que se le asemeja enormemente, es recibido por las autoridades con toda suerte de honores.

La cuidada puesta en escena ofrece ingeniosas soluciones a las contingencias que se suceden durante la hora y algo que dura el montaje. Y es que Massagan, puesta a vivir nuevas experiencias y a arriesgar la vida, no se priva de nada. Sobrevive a naufragios amenazados por ballenas hambrientas y peligrosos cóndores, escapa a los traviesos monos que le atacan con *saròndries* (una fruta híbrida entre la naranja y la sandía), congenia con tribus de aborígenes que viven intimidadas por un peligroso león, del que acaba por hacerse amigo. Los recursos escénicos para plasmar estas acciones son variados y tienen mucha gracia. Junto a este vistoso envoltorio que nos brinda Castellà, cabe destacar el ingenio del autor a la hora de dar vida a los nativos de las tribus africanas, quienes se expresan en una lengua aparentemente incomprensible que pronto acabamos por entender, pues no es otra que un catalán metamorfoseado a base de cortar las sílabas por donde no toca. Los niños se lo pasan bien.

GOSPEL

Conga espiritual

Northern Kentucky Brotherhood Singers

Timothy Wright & The New York Concert Choir. Palau de la Música. Barcelona, 20 de diciembre.

MIQUEL JURADO

El ciclo *Els Grans del Gospel* se clausuró por todo lo alto con un doble concierto en el Palau que en poco más de dos horas sintetizó todas las bondades del género y, también, alguno de sus defectos. Fueron dos conciertos muy diferentes. En la primera parte un cuarteto masculino de Kentucky mostró toda la sensibilidad que pueden alcanzar cuatro voces cantando sin acompañamiento. En la segunda un extrovertido coro neoyorquino puso en danza a los presentes con una de esas sesiones de gospel infeccioso que, pese a sumar tópicos, resumen un optimismo exultante que llena el ambiente de buenas vibraciones independientemente de su contenido religioso.

Los Northern Kentucky Brotherhood Singers ofrecieron en la primera mitad una lección de cómo llevar las armonías vocales hasta el límite y conseguir que hasta villancicos terriblemente mandos sonasen frescos y con un punto de novedad reconfortante. Centrarón su concierto en esos temas navi-

deños y jugaron con las voces magistralmente sin perder un ritmo constante que lo invadía todo. Fue una actuación intimista, hasta introvertida, en la que las hazañas vocales estaban en función de la belleza de la interpretación global.

En la segunda mitad todo cambió. El New York Concert Choir, con Timothy Wright como solista, comenzó a todo gas. Un ritmo apabullante se apoderó de todo el Palau, espiritual en sus textos pero tremendamente festivo y danzante en su forma. *Rhythm and blues* contagioso servido por unas voces magníficas capaces, además, de levantar al público y ponerle a bailar. El coro neoyorquino está formado por 14 voces mixtas perfectamente afinadas cuando la ocasión lo requiera pero terriblemente espontáneas en su concepción escénica. Acompañados por un consistente cuarteto instrumental recorrieron los senderos del gospel más contemporáneo.

Imposible resistirse, como no se resistió el público que se alzó y siguió el concierto cantando, palmeando y bailando. Wright, viendo la entrega del respetable, montó una gigantesca conga con numerosos voluntarios que en fila india se movían por el escenario. Fue un alarde innecesario.

POP

Divertidos

Franz Ferdinand

Pabellón Olímpico. Badalona, 21 de diciembre.

LUIS HIDALGO

La verdad es que tenía un punto de impresionante. Todo el pabellón de Badalona botaba al unísono mientras cinco músicos soltaban *riffs* clásicos de guitarra y entonaban melodías de fácil aprehensión. Confirmación absoluta del fenómeno Franz Ferdinand por la vía del impacto visual. Un espectáculo que valía la pena ser visto incluso con independencia de la propia música. Siempre que una multitud disfruta algo de ese éxtasis compartido, alcanza incluso al más escéptico de los presentes.

Lo de Franz Ferdinand es todo un fenómeno. Un fenómeno de tal magnitud que el promotor del concierto lo situó en Vall d'Hebron. Con las entradas vendiéndose como churros, se tuvo que trasladar a un recinto con más del doble de capacidad, y casi se llenó.

El secreto del cuarteto de Glasgow descansa en su infalible capacidad para fabricar sencillos, canciones exitosas que se recuerdan con facilidad y prenden por su euforia en el ánimo más deprimido. Subidones constantes, uno tras otro y sin apenas tiempo de respiro. Una inyección de vitalidad en estado puro, energía desbocada que se expresó con tal celeridad que, acabado el concierto, parecía imposible que la banda hubiese interpretado 19 piezas. A la postre, resultaron divertidos. Sólo.